

Betilos, piedras de Dios en la Ruta Sagrada

Quien más quien menos, al hablar de Tierra Santa cae en el tópico de pensar en los primeros tiempos del cristianismo, tan idealizados por el Séptimo Arte, principalmente norteamericano, o en los largos pasajes de la Biblia donde se nos habla del irascible, caprichoso y pendenciero Yavhé, con sus premios y castigos a enemigos y amigos, pero muy poco se nos habla de un culto importantísimo que se dió en los territorios que hoy llamamos Tierra Santa y que estuvo durante varios milenios representado por los betilos.

Ya su nombre es un enigma, pues mientras los especialistas más conservadores aseguran que dicha palabra proviene del griego *Baetiuc* o *baitulos* y este a su vez se remonta a la palabra hebrea *bethel* (“morada de Dios”), unos pocos investigadores más heterodoxos, creen que puede hacer referencia a un antiquísimo pueblo, llamado *Bet’hel* y que junto a los cercanos yacimientos arqueológicos de Debir y Bet-Se-més, forman uno de los enclaves habitados más antiguos de dicha zona. Las excavaciones llevadas a cabo a principios de siglo y recogidas por **Werner Keller** (autor del *Best Seller* “Y la Biblia tenía razón”) nos indican que estas antiquísimas ciudades fueron devastadas y quemadas en un momento desconocido hacia el segundo milenio antes de nuestra era. Una gran cantidad de cerámica muy antigua nos indica la importancia de dichos lugares.

Sea cual sea su origen, lo que no puede negarse es que durante milenios, una serie de piedras de corte tosco y forma rudimentaria, fueron para diversos pueblos orientales, representación de alguna divinidad e incluso en algunas ocasiones, se las tenía por la divinidad en persona. Junto a las más toscas, existían algunas delicadamente talladas a las que se denominaba *argot lithoi*. Algunos autores aseguran que los betilos figuran en la historia de la humanidad, al lado de los árboles sagrados y los trozos de madera labrados, lo que nos da una idea de su origen remoto. Los primeros investigadores que los estudiaron los llamaron “piedras animadas” pues era antigua creencia, que muchos de ellos podían moverse por propia voluntad e incluso levitar.

Varios investigadores han querido buscar el origen del culto a los betilos en el similar y universalmente aceptado de “las piedras del cielo”, y así **Balusch Blanc** cree que entre los betilos y las hachas de piedra sin labrar, que se consideraban sagradas, hay muchas semejanzas. Sea cual sea su origen, en los territorios que milenios después conformarían lo que conocemos como Tierra Santa, tuvieron estas piedras una importancia capital,

hasta el punto de que su culto sobrevivió a las diferentes religiones y podemos observar que desde tiempos antiquísimos, los habitantes de aquellos lares, rinden culto a estas misteriosas piedras.

Aunque las excavaciones arqueológicas nos han permitido saber que su origen se pierde seguramente en tiempos prehistóricos, no es hasta el año 798 antes de nuestra era, aproximadamente, que encontramos un texto semítico en que se hace referencia por primera vez a esta palabra, concretamente *BTY'LHY*; nos referimos a una de las tres estelas arameas de Esfiros.

Estas piedras provocaron largas discusiones teológicas, pues así vemos que **Filón de Biblos** (autor de la magnífica *Phoinikika*, una obra capital para conocer la historia de los fenicios y los pueblos que los rodeaban) ciento cincuenta años antes del nacimiento del cristianismo, aseguraba que dichas piedras eran obras de los dioses; desgraciadamente una gran parte del trabajo del historiador fenicio “desapareció” cuando el obispo **Eusebio de Cesarea**, descubrió en el siglo IV d.C dichos escritos, los cuales define como “descripción de cultos paganos que hacían poner los pelos de punta, verdaderas degeneraciones de los sentidos”. Pero curiosamente este mismo sacerdote cristiano, no se esconde cuando afirma tajantemente que “ha visto un betilo en forma de esfera, que estaba incandescente y desprendía llamas, el cual se encontraba encima de una montaña”

Damascius (el último jefe de la Academia hasta que Justiniano mandó cerrar las escuelas filosóficas en el 529) en su magistral obra *La vida de Isidora* asegura “haber visto personalmente a un betilo moverse solo a través del aire” y considera a estas piedras como “especiales”

Existían dos tipos de betilos, los de forma cónica y los cúbicos o paralelográmicos. El primero fue asimilado por los pueblos sirio- fenicios que los relacionaban con las montañas sagradas de sus antiguas creencias, y algunos estudiosos creen que el culto a los betilos cúbicos, fue exportado a la antigua Grecia, (hacia el siglo X antes de nuestra era) donde se les consideró representaciones de Cibeles y Hermes (en este último caso se hacía referencia a los betilos cuadrangulares) e incluso durante siglos los romanos guardaron dentro del Capitolio un betilo supuestamente entregado por Cibeles a Saturno

El betilo entre los israelitas:

Algunos estudiosos entre ellos el especialista en Tierra Santa **S.L. Caiger** (*Bible and Spade*) y el historiador **F.M. Abel** (*Geografía e Historia de Palestina*) creen que el pasaje de la Biblia en la que el patriarca **Jacob** se duerme sobre una piedra y vé una escalera que sube hacia el cielo y en la que se observan ángeles que suben y bajan, fue ni más ni menos que una visión ocasionada por el poder de esa piedra que era precisamente un betilo. Dice la Biblia (XXVIII-18 y 19) “ Verdaderamente esta es la Casa de Dios y la puerta del cielo; y tras rociar la piedra con óleo, puso de nombre Betel, a la ciudad que antes se llamaba Luza”. Muchos autores aseguran que este santuario que se levantó a raíz de esta visión “celestial”, fue el primero que tuvo Yhavé en Tierra Santa.

La actual ciudad de Belén, tiene sus raíces filológicas en el hebreo *Beit-Lehem* y en el árabe *Beit-Lahm*; ambos nombres son traducibles respectivamente como “Casa del pan” y “Casa de la carne” y esta explicación es la que más satisface a los científicos más conservadores, aunque son muchos los que consideran que su nombre proviene de *Beth-el*, denominación debida a la existencia en tiempos pretéritos de una piedra sagrada, y curiosamente en este lugar, se supone que nació Jesucristo,(aunque no hay pruebas fiables de ello) ¿qué mejor nombre para la Casa de Dios?.

En el oasis de Refidim,(el actual Feirán en lengua árabe) vivían hace varios milenios los amalequitas, los mismos que lucharon contra **Josué**. Este pueblo que se supone que estaba compuesto por unos seis mil habitantes, adoraba unas extrañas piedras las cuales al parecer fueron destruidas por los israelitas, pero según **A.T. Clay**, años después siguieron adorando masas pétreas, muy probablemente alguna de las famosas piedras graníticas de Serabit-El-Chadem.

En la cercana Jordania, se da la mayor concentración de betilos en forma de estela, de todo el mundo, (allí se les denomina *nesibta*). Parece ser que los nabateos, que tanta relación tuvieron con los israelitas, sentían una especial predilección por estas piedras, y así nos encontramos que en los alrededores de la imponente ciudad de Petra, se encuentran un gran número de ellos.

No se descarta que las dos extrañas columnas que cita el historiador **Herodoto** situadas en el templo de Baal-Melgart (en la ciudad fenicia de Tiro) fueran dos betilos, quizá regalados por **Salomón** al rey fenicio con el que mantuvo unas muy buenas relaciones.No olvidemos que **Hiram** posiblemente el más popular de los reyes fenicios,

mandó arquitectos y materiales a Salomón para construir su célebre templo, por lo que muy fácilmente el monarca judío pudo devolverle el favor enviándole los dos betilos, uno de los cuales se dice que poseía un “gran resplandor”.

Sobre la relación de los betilos con el dios de los israelitas, la Biblia dice en Génesis XXXI “Yo soy el dios Beth-el” en lugar de “yo soy el dios de Bethel”, lo que nos indicaría que en algunos casos, estas piedras eran consideradas no solamente sagradas, sino como verdaderos dioses.

Antiquísimos textos nos hablan de la existencia de una importantísima “piedra sagrada” en Dibán, (el viejo lugar bíblico conocido como Dib-on) a la que no solamente rendían culto los antiguos israelitas, si no que los árabes en pleno siglo XIX, seguían considerando “sagrada”. En 1868, el misionero alemán **Frederik. A. Klein**, realizó un viaje de estudios por las viejas ciudades palestinas y en una incursión por las cercanías de Edom, escucha algunos relatos que le hablan de dicha piedra, por lo que decide trasladarse a Moab. Allí y tras diversas peripecias y varios engaños efectuados por los habitantes de la zona, encuentra medio enterrada en la arena y junto al curso prácticamente seco del Arnón, una antiquísima piedra con extraños grabados. En el momento de estudiarla, fue atacado por un grupo de beduinos que tras amenazarle, le obligaron a marcharse. El misionero lo notificó al arqueólogo francés **Clermont Ganneau** quien tras varias peripecias encontró la piedra, pero “rota en veinte pedazos”,(unos bandidos del desierto la habían fragmentado para poder venderla mejor) los cuales tuvo que comprar uno por uno. Supo por las inscripciones, que se remontaba a los tiempos de **Kemosh**, rey de los moabitas, que reinó a principios del siglo IX antes de nuestra era.

Por unos escritos medievales bizantinos sabemos que también en la localidad de Dushara, existió un importante betilo, del que los bizantinos dicen: “ el ídolo es una piedra negra, cuadrangular, de cuatro pies de altura y dos de anchura, y reposa sobre una maciza base hecha de oro”. Aún en plena Edad Media y con la amenaza que suponía el integrismo tanto de los árabes como de los cruzados, los habitantes de la zona, seguían rindiendo culto a la pétrea “Casa de Dios”.

El estudioso **Marc Pfeifer** nos cuenta que el general **Pelu**, que se haría popular con el nombre de **Tiglatpileseser III** (uno de los reyes asirios más sanguinarios) al llegar al reino de Samaria en el año 747 a.d.C., se encontró que los naturales de la zona montañosa, adoraban a piedras solitarias, aunque el violento militar asirio lo achacó a cultos mortuorios realizados en honor del rey **Usías el leproso** recientemente fallecido.

De otros lugares donde se rindió culto a los betilos, solo nos quedan viejos y dudosos documentos, pero sabemos que las localidades de Lakis, Askelón y Ardod, tuvieron también sus “piedras sagradas”, y muy cerca del castillo de Macoronte, en la orilla oriental del Mar Muerto, existió un betilo hasta bien entrado en siglos XVII, al que acudían los beduinos que habitaban las ruinas del bíblico Mahsnaka, el “Palacio colgado”.

Las tropas del rey cruzado **Guido II** en su marcha hacia el lago Tiberiades en el año 1187, acamparon muy cerca de los famosos “Cuernos de Hattín” y pudieron observar como en las cercanías del volcán, y a poca distancia de una fuente con fama de “milagrosa”, existían un par de piedras esculpidas y en sus alrededores pequeñas ofrendas votivas que demostraban que recibían algún tipo de culto por parte de los habitantes de la cercana aldea de Hattín y de los nómadas y pastores de la zona. Curiosamente y recogiendo las palabras de **Johannes Lehmann**, aquel 3 de julio de 1187, fueron precisamente los miembros del destacamento templario que formaban parte de las tropas de Guido II, quienes insistieron en acampar “precisamente” en aquel lugar pese a las exigencias de los oficiales del rey que insistían en llegar al pequeño lago- mar de Tiberiades. La relación: antiguo lugar de culto-caballeros templarios. no es lógicamente casual.

Aunque lejos de Tierra Santa, existe aún hoy un betilo que sigue siendo visitado cada año por millones de personas y que es el más popular de todos; nos estamos refiriendo a la famosa “Piedra Negra de la Kaaba”, la cual es casi con toda probabilidad un aerolito, pero que ya era adorada desde muchos siglos antes del nacimiento de la religión musulmana.

En algunos casos, se trataba solamente de aerolitos, en otros de simples piedras que por su extraña forma geométrica han dado pie a que los hombres creyeran que eran “especiales”, pero indudablemente, en los mismos territorios donde nacieron las tres principales religiones monoteístas, se dio desde muchos siglos e incluso milenios antes, un culto teolítico, en el que se consideraba a estas “piedras” como la “Casa de Dios”.

Miguel G. Aracil